



ESQUILO

*Los
siete
contra
Tebas*

Lectulandia

Los siete contra Tebas, presentada el 467 a.C., se basa en una leyenda tebana: el conflicto entre los dos hijos de Edipo, Eteocles, y Polinices, por el trono de Tebas. Se cree que es la tercera obra de una trilogía, y que las dos primeras son Layo y Edipo.

El ejército de Argos (en el que milita Polinices) cerca la ciudad de Tebas, gobernada injustamente por el hermano de Polinices: Etéocles. Un mensajero informa al gobernante de Tebas que la ciudad es asediada por siete capitanes cada uno de los cuales está situada en una de las siete puertas de la ciudad. Etéocles dispone otros 7 capitanes de Tebas para salvaguardar la ciudad. Los dos hermanos, militantes de bandos contrarios, se enfrentarán en la séptima puerta dándose muerte mutuamente.

Los magistrados de Tebas decidirán no dar honras fúnebres al cadáver de Polinices por haber luchando contra su patria y dejar su cadáver a la intemperie para que sea devorado por las aves. Pero Antígona, también hija de Edipo e Yocasta y hermana de Polinices y Etéocles, se pronunciará contra esta decisión de los magistrados. Etéocles se alza como el defensor de la patria. Cuando se dirige a luchar contra su hermano, Etéocles es consciente de la desgracia que se le avecina, pero acepta su sino ya que nada se puede hacer contra el designio divino, es por esto que a Etéocles se le ha considerado el personaje más logrado del teatro griego, en su grandeza.

Polinices, por el contrario, se alza como el traidor, a pesar de lo cual su hermana, Antígona, pretenderá enterrar a su hermano dignamente.

Lectulandia

Esquilo

Los siete contra Tebas

ePUB v1.1

Polifemo7 03.11.11

más libros en lectulandia.com

Traducción: José Alsina

Los siete contra Tebas

PERSONAJES DEL DRAMA

ETEOCLES, *hijo de Edipo, actual rey de Tebas*

EXPLORADOR

CORO DE MUJERES TEBANAS

(ANTÍGONA), *hermana de Eteocles y Polinices*

(ISMENE), *hermana de Eteocles y Polinices*

(HERALDO)

La escena, en Tebas.

(El CORO, formado por mujeres tebanas, se apiña en la orquéstra, que representa el ágora. Aparece ETEOCLES con su séquito armado).

ETEOCLES. Palabras muy acertadas ha de decir, ciudadanos de Tebas, quien en la popa del país, la maniobra dirige, timón en mano, sin permitir que sus párpados se cierren para dormirse. Pues si el éxito logramos mérito será de un numen; por el contrario, si ocurre —cosa que el cielo no quiera— un desastre, solamente fuera el nombre de Eteocles el que se pregonaría por toda la ciudad, con injurias y con lamentos, de lo que Zeus Protector, fiel a su nombre, proteja la ciudad de los cadmeos. Y ahora debéis vosotros —al que le falta algún tiempo para alcanzar la sazón, y el que de ella ya ha salido procurando acrecentar todo su vigor y fuerza, y, en fin, cada cual cuidando aquello para que sirve— prestar concurso al estado y a las aras de los dioses de esta tierra, porque nunca sean sus honras borradas; y a los hijos, y a la tierra, nuestra madre y queridísima nodriza. Pues ella, al fin, cuando, de niños, reptabais por su benévolo suelo, tomó sobre sí el trabajo de dar a todos crianza, y os ha ofrecido el sustento para que fuerais, un día, unos ciudadanos que saben portar sus escudos, fieles a su obligación, hasta este día los dioses se han mostrado favorables, que, durante todo el tiempo de este prolongado asedio, la guerra, a los dioses gracias, nos es propicia en gran parte, ahora, dice el profeta que las aves apacienta y que, en su oído y su mente, sin necesidad del fuego, con un arte que no engaña los augurios interpreta, este, pues, con sus oráculos dice que ingente ofensiva por parte de los aqueos, en un consejo nocturno se está planeando, y que van a atacar esta villa. Así que, ¡sus!, a los muros, y a las puertas de las torres, con todo vuestro armamento acudid todos; llenad los parapetos al punto y firmes permaneced en los techos de las torres, y resistid con empuje en las bocas de las puertas sin temer en demasía al ejército invasor. ¡Dios estará a nuestro lado! Por mi parte, ya he mandado

exploradores y espías que vigilen esta hueste, y espero que el cometido no van a cumplir en vano. Escuchando sus reportes voy a alejar los temores de que, por medio de engaños, puedan lograr sorprenderme.

(Llega corriendo un EXPLORADOR).

EXPLORADOR. Noble señor de Tebas, Eteocles, vengo del campamento con noticias fidedignas: yo mismo he contemplado lo que está sucediendo: siete jefes, valerosos caudillos de la hueste, han degollado un toro sobre un negro escudo, y han tocado con sus manos la sangre de aquel toro, y han jurado por Ares y Enió, y por el sangriento miedo que una de dos: o aniquilaban nuestra ciudad, y luego, por la fuerza, saqueaban la ciudad de los cadmeos, o morían, con su sangre empapando esta tierra. Como recuerdo suyo que enviar al hogar, junto a sus padres, con sus manos guirnaldas en el carro de Adrasto colocaban, sollozando, pero sin que saliera de sus labios ni una queja. Su corazón de hierro exhalaba un espíritu fogoso, cual leones con Ares en los ojos. No ha de tardar la prueba de mi informe: los dejé echando suertes a qué puerta cada cual apostarse debería, según el orden del sorteo. Aposta, por tanto, a los guerreros más estrenuos, de la ciudad la flor y nata, frente las bocas de las puertas. Que, muy cerca, la hueste argiva, totalmente armada, avanza ya, levanta el polvo y cubre el llano todo con la blanca espuma que segrega el pulmón de los corceles. Tú, pues, cual buen piloto de una nave, la ciudad fortifica, antes de que de Ares lleguen los embates. Porque ruge la ola terrestre de la hueste. Toma la precaución más rápida que puedas; yo, mientras tanto, mi ojo bien abierto, vigía fiel, tendré, y así, sabiendo lo que ocurre allí fuera exactamente, te podrás mantener sin riesgo alguno.

ETEOCLES. ¡Oh Zeus y Tierra, oh dioses de mi patria! ¡Oh Maldición y Erinia poderosa de mi padre! No arranquéis de raíz, aniquilada por el enemigo, a esta ciudad, que habla la lengua griega, y unas casas que tienen sus hogares. No sometáis jamás al yugo esclavo esta tierra de Cadmo, un país libre. Sed nuestra fuerza. Nuestra causa, creo, es la misma: que una ciudad que vive en la prosperidad honra a sus dioses.

CORO. Lanzo ingente y terrible griterío. Se ha soltado la hueste. Dejando el campamento, corre hacia aquí una enorme vanguardia de jinetes. Una nube de polvo me convence que se eleva hasta el cielo, mudo, claro, seguro mensajero. El fragor de las armas los llanos de mi tierra está atronando; se acerca, vuela y ruge a la manera de un torrente impetuoso que cae desde el monte. ¡Io, io, dioses y diosas! apartad esa peste que me asalta. ¡Un grito en las murallas! Con sus blancos escudos, bien dispuesta, sobre nuestra ciudad avanza la hueste. ¿Qué dios o diosa va a salvarme? ¿Cuál me dará protección? ¿Debo postrarme quizá ante las estatuas de los dioses?

¡Io, io, felices, de seguro asiento, ha llegado la hora de abrazar las estatuas! Mas,

¿por qué esa tardanza entre gemidos? ¿Oís o no el fragor de los escudos? ¿Cuándo, si no es ahora, vamos a revestirnos con vestes y coronas suplicantes? Percibo ya el estrépito. No es el fragor de pica sólita ¿Qué vas a hacer? ¿A traicionar, acaso, Ares, antiguo dios de estas regiones, a esta tierra que es tuya? ¡Oh dios del casco de oro, vuelve tus ojos, vuelve, a esta ciudad que, un día, tan querida te fuera!

ESTROFA 1.^a *¡Oh dioses, de esta tierra protectores, contemplad esta tropa de doncellas que os pide que evitéis su servidumbre! De la ciudad en tomo, ola guerrera de penacho oblicuo hierva encrespada por el soplo de Ares. Mas, oh Zeus, padre, ¡oh, oh!, que cumples todo, impide, como sea, que de mí se apodere el enemigo. Los argivos rodean la ciudad de Cadmo, y el horror de las armas enemigas de mí se ha apoderado. Mordidos por quijadas de caballos, muerte cantan los frenos. Siete soberbios jefes de la hueste contra las siete puertas, que en suerte les tocaran, con arneses que salvan de la pica, ya se van apostando.*

ANTÍSTROFA 1.^a *Y tú, oh hija de Zeus, fuerza guerrera, Palas, protege a nuestra patria; y tú, tú, sí, ecuestre señor que el mar dominas, oh Posidón, con ese ingenio tuyo que da muerte a los peces, la salvación, la salvación te pido de mi infortunio. Y tú, Ares, ¡ay, ay!, protege claramente, presta ayuda a esta ciudad a quien Cadmo diera su nombre, tú, Cipris, la abuela de mi raza, danos tu protección, que de tu sangre hemos nacido, al fin, y a ti, con preces que a los dioses invocan, acudimos. Tú, dios lobo, sé auténtico lobo, contra nuestro enemigo, y haz que pague nuestros gemidos. Tú, hijo de Letona, apresta bien el arco.*

ESTROFA 2.^a *¡Eh, eh! En torno a la ciudad, el ruido de carros se escucha. ¡Oh Hera, mi señora! Al peso de los ejes, rechinan ya los cubos de los carros. ¡Ártemis bienamada! Por las picas herido el aire se enfurece. ¿Qué va a ocurrirle a mi ciudad? ¿Qué será de ella? Y, ¿qué final quiere imponerle el cielo?*

ANTÍSTROFA 2.^a *¡Eh, eh! Una lluvia de piedras viene a herir las almenas. ¡Mi bienamado Apolo! De bronceos escudos, fragor ante las puertas. ¡Escucha, hija de Zeus!, tú, que en la guerra impones santo fin a una batalla; y tú, diosa feliz, Onca, que vives frente a nuestra ciudad, salva esta sede que tiene siete puertas.*

ESTROFA 3.^a *¡Io!, dioses que todo lo podéis, perfectos protectores, y perfectas de esta tierra y sus torres, no entreguéis esta villa abrumada a los golpes de la pica, a un ejército que habla otro lenguaje. Escuchad a estas vírgenes, escuchad, como es justo, preces que a mano levantada hacemos.*

ANTÍSTROFA 3.^a *Démenes bienamados, que, protectores, envolvéis la villa, mostrad todo el amor que ella os inspira, y cuidado de los templos de este pueblo, y, pues que los cuidáis, dadles ayuda. Recordad los amados sacrificios que esta ciudad os hacía.*

ETEOCLES. A vosotras pregunto, insoportables criaturas: ¿Es ese el mejor modo de salvar la ciudad e infundir ánimos a este pueblo, encerrado entre sus muros, caer

ante la imagen de los dioses que esta ciudad custodian y dar gritos y voces, actitud que execra el sabio? ¡Jamás, ni en la desgracia ni en la dulce bonanza, con el sexo femenino, deba yo convivir! Cuando triunfa, muestra una audacia insoportable, y cuando le asalta algún cuidado, es una peste mayor para su casa y para el pueblo. Ahora mismo, al correr por las calles, en confusa espantada, habéis sembrado la ignava cobardía en las entrañas de nuestros ciudadanos. De esta forma, prestáis un gran servicio a los de fuera, y, dentro, nos labramos la ruina contra nosotros mismos. ¡He aquí el precio por haberte tratado con mujeres! Si alguien no se somete a mi mandato, hombre o mujer, o un intermedio de ambos, voto de muerte sobre su cabeza, se habrá de decretar. Y no hay cuidado de que evite una muerte lapidaria a manos de la turba. Es cosa de hombres —no intervengan mujeres— lo de fuera. ¡Quieta en tu casa y no me causes daño! ¿Oíste o no me oíste? ¿Hablo a una sorda?

CORO.

ESTROFA 1.^a *Hijo caro de Edipo, me horrorizo al escuchar de los sonoros carros el estrépito, estrépito; y el silbo de los ejes que hacen rodar los carros y el crujir del insomne gobernalle, el freno, hijo del fuego mascado por la boca de corceles.*

ETEOCLES. ¿Pues qué? ¿Es que el marino, acaso, huyendo de la popa a la proa, la maniobra salvadora consigue, si la nave con las olas marinas se debate?

CORO.

ANTÍSTROFA 1.^a *No, no; yo, solamente, rauda me he aproximado a las antiguas estatuas de los dioses, pues que confío en ellos, cuando sonó el estruendo, ante las puertas, de aquel horrible alud. Entonces, temerosa, yo he acudido a rogar a los dioses que den su protección a nuestra patria.*

ETEOCLES. Rogad porque las torres nos protejan de la lanza enemiga. ¿O es que, acaso, no es este asunto de los dioses? Dicen que cuando una ciudad es conquistada los dioses salen de ella y la abandonan.

CORO.

ESTROFA 2.^a *Jamás, mientras yo viva, me abandone este grupo de deidades, ni vea yo el saqueo de este pueblo jamás, ni soldadesca prender en ella destructora llama.*

ETEOCLES. No vayas, con tus preces a los dioses, a tomar en mala hora decisiones. Del éxito que salva es la obediencia madre, oh mujer. Así reza el proverbio.

CORO.

ANTÍSTROFA 2.^a *Verdad. Mas la fuerza de Dios es más puja. Muchas veces, a aquel que se debate impotente, entre males, lo salvan de las nubes de infortunio que se yerguen, horribles, a sus ojos.*

ETEOCLES. Incumbe a los varones ofrecer ofrendas y holocaustos a los dioses,

cuando van a enfrentarse al enemigo. ¡A ti, callar, y estarte quieta en casa!

CORO.

ESTROFA 3.^a *Por la gracia de Dios, una ciudad habito no sometida aún. De la enemiga turba el muro es quien nos salva. ¿Para qué abominar de mis plegarias?*

ETEOCLES. Que honres el linaje de los dioses no te lo impido yo. Pero procura no inyectar el temor en las entrañas de nuestros ciudadanos; calma, pues; procura no temer en demasía.

CORO.

ANTÍSTROFA 3.^a *Al oír este estruendo, hace un instante, en temblorosa fuga he acudido a esta acrópolis, venerando refugio.*

ETEOCLES. Aunque os hablen de muertos o de heridos, no os lancéis a gemir. Que este es el pasto del que Ares se alimenta: muerte humana.

CORIFEO. Mas ya escucho el relincho de corceles.

ETEOCLES. Escúchalos, mas no muy claramente.

CORIFEO. La ciudad se estremece en sus cimientos, que, por doquier, estamos rodeados.

ETEOCLES. ¡Basta que yo me ocupe de este asunto!

CORIFEO. ¡Qué horror! Crecen los golpes en las puertas.

ETEOCLES. Habla de ello en silencio a nuestro pueblo.

CORIFEO. ¡Oh agrupación! No entregues estas torres.

ETEOCLES. ¡Oh maldición! ¿No guardarás silencio?

CORIFEO. ¡Oh dioses del país! ¡Que no me opriman!

ETEOCLES. Eres tú quien me oprime, a mí y al pueblo.

CORIFEO. ¡Zeus todopoderoso, tus saetas, vuélvelas al ejército enemigo!

ETEOCLES. ¡Qué maldición, con la mujer, nos diste, oh Zeus!

CORIFEO. Tan desdichado como el hombre, cuando se toma una ciudad.

ETEOCLES. ¿Ya vuelves a gemir, abrazada a las estatuas?

CORIFEO. El miedo se apodera de mi lengua, en mi agobio.

ETEOCLES. ¡Quisieras concederme un pequeño favor, yo te lo ruego!

CORIFEO. Habla al punto, y así lo sabré al punto.

ETEOCLES. Calla, infeliz, no asustes a los tuyos.

CORIFEO. Me callo ya. Compartiré el destino.

ETEOCLES. Te tomo esta palabra en vez de aquella. Y, además, abandona estas estatuas y pide lo mejor: sean los dioses los aliados nuestros. Y ahora escucha mis propios votos, y después entona, a modo de peán, el favorable grito sagrado y ritual que suele acompañar en Grecia al sacrificio, aliento del amigo, y, de este modo, eliminando el miedo al enemigo. Yo a los dioses proclamo de esta tierra, a los agrestes y a los que protegen nuestras plazas, a las fuentes de Dirce, y al agua del Ismeno que, si todo resulta bien, y la ciudad se salva, voy a llenar las aras de los

dioses con la sangre de ovejas (y prometo el degüello de toros a los dioses) en sacrificio por acción de gracias.

Y luego, con las ropas enemigas, heridas con la pica, haré un despojo con el que ornar nuestros sagrados templos. Votos así a los númenes promete, sin deleitarte en llantos, ni tampoco en tus vanos gemidos y salvajes que no por ello has de escapar al hado. Yo iré a apostar a las siete salidas de la muralla seis guerreros —yo el séptimo seré— y, cara a cara del enemigo remaremos fuerte, antes de que aquí lleguen presurosos mensajeros y rápidos rumores, y que todo lo inflamen con su urgencia.

(Entra en el palacio).

CORO.

ESTROFA 1.^a *Lo intento, mas de miedo mi corazón no duerme; vecinas de mi pecho, aventan las cenizas de mi terror, las ansias. Me espanto ante esta hueste que envuelve las murallas, al igual que la trémula paloma por sus crías ante una sierpe, infausto huésped del nido. Y unos contra las torres nuestras, en batallón cerrado, y en masa, ya se acercan. ¡Oh!, ¿qué será de mí? Y los otros disparan, contra nuestros guerreros, cercados por doquier, pedruscos puntiagudos. ¡Dioses, hijos de Zeus, de la forma que sea, socorred a este pueblo, que desciende de Cadmo!*

ANTÍSTROFA 1.^a *¿Por qué mejor asiento trocaréis esta tierra, si entregáis este suelo, de gleba tan profunda, a nuestros enemigos, y la fuente de Dirce, el humor más nutricio de cuantos Posidón, esposo de la tierra, y las hijas de Tetis hacen brotar del suelo? Ante esto, tutelares dioses, al enemigo de fuera las murallas envidad la derrota que abate a los guerreros, y el extravío que hace arrojar las armas, y a nuestros ciudadanos conceded el triunfo. Por mis agudas preces, seguid siendo los dioses que a la patria protegen, firmemente asentados en estos vuestros templos.*

ESTROFA 2.^a *¡Qué triste y lamentable precipitar al Hades a una ciudad tan noble —convertida en botín esclavo de la lanza— entre ceniza inerte, bajo la mano aquea, por designio divino sin honor arrasada! Y arrastrar a las viudas, ¡ay!, jóvenes y viejas, cual yeguas, por el pelo, con sus vestidos rotos. La ciudad se lamenta al verse despoblada, mientras va hacia la muerte el botín, en confuso vocerío. Barrunto una pesada suerte.*

ANTÍSTROFA 2.^a *Penoso también fuera, para castas doncellas, antes del protocolo que enteras ha de hallarlas, tomar la odiosa ruta de una estancia. ¿Pues qué? Los muertos, lo aseguro, conocen mejor suerte. Pues innúmeras, cuando una ciudad es tomada, ¡ay, ay!, son sus miserias: rapto tras rapto, muerte, incendios; con el humo la ciudad se mancilla toda y furioso, sopla, hollando la pureza, Ares, el homicida.*

ESTROFA 3.^a *¡Ruido en la ciudad! ¡Red de torres en torno! Un guerrero se dobla*

bajo la pica de otro. Vagidos, entre sangre, de niños que aún el pecho oprimen, ¡ay! resuenan. Pillajes, los hermanos de las persecuciones: el que ha pillado choca con el que pilla ya; el que va de vacío llama al que está vacío: quiere tener un cómplice, pero no se conforma teniendo igual o menos. Lo que de aquí resulta ¡cuán fácil calcularlo!

ANTÍSTROFA 3.^a Toda clase de frutos por la tierra esparcidos causan dolor, y el ojo de las amas se amarga. Los dones de la tierra a montones, mezclados, en inútil corriente arrastrados. Cautivas novicias a las penas prisionero de un hombre mimado por la suerte; es su sola esperanza convertirse en el goce nocturno de enemigo vencedor, lo que aumenta su lastimosa pena.

(Llega corriendo un MENSAJERO).

CORIFEO. Yo creo que el espía de la hueste llega, amigas, trayendo otras noticias. Mueve, en su afán, los cubos de sus piernas que hacia aquí lo conducen.

(Sale ETEOCLES de palacio).

Y también el propio hijo de Edipo, el rey, se acerca, para oír las noticias del espía, forjadas poco ha. Y, con sus prisas, tampoco mueve el pie con compostura.

MENSAJERO. Puedo contaros ya, pues que lo he visto, qué hace nuestro enemigo y en qué puerta a cada cual la suerte ha colocado: Tideo ruge ya frente a la puerta de Preto; mas cruzar el río Ismeno no le deja el augur: hay mal agüero. Enfurecido y ávido de lucha, grita cual sierpe en pleno mediodía, e insulta al sabio augur hijo de Ecleo, y que halaga a la muerte y al destino vilmente, dice; y mientras clama, agita tres umbrosos penachos, de su casco melena, y, tras su escudo, gritan miedo sus bronceos badajos. Por emblema ha grabado en su escudo, altivamente, un cielo fulgurante con sus astros; en el centro se ve la luna llena, prez de los astros, ojo de la noche.

En su extravío, y con altivas armas, grita a orillas del río, de combate sediento, cual corcel que contra el freno resopla y se debate, en tanto espera el toque de clarín. ¿Con qué guerrero lo enfrentarás? ¿A quién la puerta Preta vas a confiar cuando el cerrojo salte?

ETEOCLES. Yo no tiemblo ante ornatos de guerreros, que los emblemas no han herido nunca; penachos y badajos, sin la pica, no muerden. Y esa noche que describes en el cielo, con todas sus estrellas, para alguien puede ser un mal agüero. Si, al morir, anochece en su mirada, para aquel que la exhibe, esta divisa tan altiva será bien elocuente, justa y exacta. Sí, contra sí mismo él se habrá dado ese arrogante agüero. Frente a Tideo enviaré al estrenuo hijo de Ástaco, a defender la puerta: es noble y

honra el ara de la hombría y odia todo discurso jactancioso. Parco en vilezas, no le gusta el miedo. De los Espartos que Ares perdonara su raíz ha brotado; un verdadero Melanipo tebano. Ares la suerte juzgará con sus dados. Nos lo envía la justa Afinidad para que aleje la lanza hostil muy lejos de la patria.

CORO.

ESTROFA 1.^a *¡Que los dioses concedan la victoria a nuestro campeón, pues con toda justicia surge para luchar por esta tierra! Mas temo contemplar los sangrientos destinos de quienes dan la vida por su pueblo.*

MENSAJERO. ¡Concédanle los dioses buena suerte! Capaneo sacó la puerta Electra, un gigante mayor que el que te he dicho, y con una jactancia más que humana. Dirige a nuestras torres amenazas horribles, que ¡ojalá el hado no cumpla!

Nuestra ciudad piensa arrasar —vocea— quiera o no quiera el cielo, y ni siquiera de Zeus el reto alcanzará a pararle aunque delante de él la tierra azote. Relámpagos y rayos, los compara al sol del mediodía. Como emblema, un guerrero sin armas y una antorcha, que blande con sus manos como un arma. Y, escrita en letras de oro, la divisa: «La ciudad incendiaré». Contra este héroe envía... mas ¿quién va a hacerle frente? ¿Quién, a pie firme, va a plantarle cara, sin temblar ante tales amenazas?

ETEOCLES. ¡También aquí ganancia tras ganancia! Porque es la lengua acusador exacto de las fatuas ideas de los hombres. Pronto a la acción, bravea Capaneo; despreciando a los dioses, y en su loca alegría, su boca ejercitando, él, un mortal, envía contra el cielo palabras campanudas, tempestuosas, que amenazan a Zeus. Mas yo confío que sobre su cabeza, y en justicia, habrá de dar el ígneo rayo, en nada semejante al calor del mediodía. Y a pesar de su lengua jactanciosa, contra él se ha designado a un héroe ardiente, el fuerte Polifonte, asegurado baluarte, protegido con la ayuda de Ártemis y del resto de los dioses. Dime otro ya, y qué puerta le ha tocado.

CORO.

ANTÍSTROFA 1.^a *¡Perezca aquel que a mi ciudad dirige tan grandes amenazas! ¡Que los dardos del rayo lo detengan antes de penetrar en mi morada y de que, por la fuerza de las armas, me arranque de mi estancia de doncella!*

MENSAJERO. Te diré quién, después, contra las puertas mandó el sorteo: del bronceo casco saltó el dado tercero, y a Eteoclo tercero, le tocó mandar sus huestes contra la puerta Neiste. Sus yeguas, que ya relinchan bajo los cabestros, hace girar; y silban sus bozales, con un sonido bárbaro, al llenarse con el resuello de su altivo belfo. El blasón de su escudo no es humilde: un hoplita que asciende los peldaños de una escala arrimada a una enemiga torre, con la intención de destruirla. Este también con inscripciones grita: «No me va a derribar del baluarte ni Ares siquiera». Contra este guerrero manda al que pueda ser la garantía de que nos va a alejar el yugo esclavo.

ETEOCLES. Contra él mandaría... —mas, por suerte, está asignado ya— un

hombre que lleva la jactancia en los brazos, Megareo, semilla de Creonte, y un Esparto. Él no va a abandonar los torreones ante el relincho altivo de unas yeguas, sino que una de dos: o con su muerte va a pagar a su patria la crianza, o adornará la casa de su padre tras vencer a los dos, y apoderarse de esa ciudad grabada en el escudo. Bravea de otro sin ahorrar palabras.

CORO.

LÍSTROFA 2.^a *En mi súplica ruego suerte para el que lucha por mi patria, y para los demás, el infortunio. Sí en su locura clama palabras de soberbia, contra esta tierra, ¡Zeus Dispensador, vuelva contra él una mirada de odio!*

MENSAJERO. El cuarto ocupa ya el portal vecino de Onca Atenea, con sus fuertes gritos, Hipomedonte con su enorme mole. Yo me asusté, cuando una era inmensa —quiero decir su escudo— hizo rodar, no te diré otra cosa. Y el herrero que su emblema grabó sobre el escudo no era barato artista: había grabado un Tifón que de su boca exhala un humo oscuro, de la llama ardiente hermano; y el reborde del redondo escudo está sujeto con trenzados de espiras de serpiente. Un alarido lanzó, y, de Ares poseso, hecho un delirio, parte a la lucha con atroz mirada, igual que una bacante. Hay que guardarse muy bien al hacer frente a este guerrero. Ante la puerta ya alardea el Miedo.

ETEOCLES. Sí, pero Ralas Onca, que está cerca de la ciudad, y próxima a las puertas, y odia la altanería de este hombre, lo alejará de nuestro nido, como a una helada serpiente. A más, Hiperbio, el hijo ilustre de Enopo, es el héroe que contra ese guerrero he designado; él quiere interrogar, en este trance de su fortuna, al hado. Ni su aspecto ni su valor ni su aparejo armado son dignos de reproche. Cabalmente los ha juntado Hermes: enemigos son los héroes que allí van a enfrentarse, y en sus escudos pondrán cara a cara a dioses enemigos: si uno exhibe en su escudo a Tifón y su ígneo soplo, Hiperbio exhibe al padre Zeus, muy firme, y blandiendo en su mano ardiente dardo, ¡y nunca nadie ha visto a Zeus vencido! Tal es el patronazgo de ambos dioses. Con nosotros están los vencedores, con ellos los vencidos, si en la lucha cierto es que Zeus sobre Tifón triunfa. Es justo, pues, que el mismo resultado obtengan esos héroes que se enfrentan, y que, de acuerdo con su emblema, sea Zeus en su escudo el salvador de Hiperbio.

CORO.

ANTÍSTROFA 2.^a *Confío en que el que exhibe en su rodela al tan odiado cuerpo del demon soterrado —enemigo de Zeus, imagen tan odiosa para los hombres como también para los númenes eternos— delante de las puertas dejará la cabeza.*

MENSAJERO. ¡ASÍ sea! Y te hablo, ahora, del quinto, del que ha sido apostado junto al quinto portal de Bóreas, junto al monumento de Anfión, hijo de Zeus. Jura y perjura por la pica que blande —en la que fía más que en un dios, e incluso que en sus ojos— que ha de arrasar a la ciudad cadmea a despecho de Zeus. Así bravea el

brote de una madre montañesa, de hermoso rostro, un hombre que aún es niño: el bozo ya le apunta en las mejillas —espesa barba de sazón en ciernes—. Con su fiero talante, en modo alguno adecuado a su nombre de doncella, y aquellos ojos que despiden miedo, se yergue allí Partenopeo arcadio.

El hombre es un meteco, pero quiere a Argos pagar su pródiga crianza. Parece que a la lucha se presenta no dispuesto a un mezquino regateo, sino a justificar su largo viaje. No sin jactancia yérguese en la puerta: que, en su escudo de bronce, de su cuerpo circular protección, blande la afrenta de Tebas, una Esfinge carnicera, con clavos sujeta, una brillante figura con relieve. Entre sus garras lleva un héroe cadmeo, de manera que lluevan sobre el hombre muchos dardos.

ETEOCLES. ¡Así consigan de los dioses cuanto en su loca jactancia ellos anhelan, que una muerte total y miserable iban a conocer! También existe para este arcadio del que me has hablado, un héroe sin jactancia, cuyo brazo sabe, empero, actuar: Actor, hermano del que antes he nombrado, y que, sin duda, no piensa tolerar que nos inunde esa lengua sin obras los portales, causando mil destrozos; ni que un hombre que en su bélico escudo exhibe el monstruo de esa fiera enemiga, salte el muro. Porque, al sufrir, al pie de la muralla, tan duro martilleo, ha de enojarse contra aquel que pretende introducirla. Si lo quieren los dioses, cuanto digo puede ser la verdad pura y escueta.

CORO.

ESTROFA 3.^a *Me atraviesan el alma tus palabras, y se erizan los pelos de mis trenzas al escuchar de labios de estos hombres impíos tan horribles bravatas. ¡Así los dioses los aniquilaran en esta nuestra tierra!*

MENSAJERO. Paso ya al sexto, un hombre muy prudente y muy bravo en la lucha, la profética potencia de Anfiarao. Ante la puerta Homoloide apostado, lanza insultos sin cesar, a la fuerza de Tideo, «homicida, destructor de su patria, para Argos gran maestro de infortunio, de Erinis alguacil, siervo del Miedo, para este horror, de Adrasto consejero». Luego a tu hermano vuelve la mirada, al fuerte Polinices levantando los ojos, y, partiendo en dos su nombre, lo increpa, y esto sale de sus labios: «¡Ah, qué gesta, a los dioses agradable! ¡Qué dulce de escuchar y de contarla a tus nietos!: mandar contra tu patria y los dioses paternos hueste extraña para arrasarla! El hontanar materno ¿puede extinguirlo una razón? Tu patria en tu afán conquistada por la pica, ¿podrá ser tu aliada? Yo, esta tierra, abonaré adivino soterrado bajo suelo enemigo. ¡Combatamos, que no espero un destino deshonoroso!». Tales razones iba desgranando el adivino, mientras sostenía, con toda calma, su broncíneo escudo. Y en su rodela no exhibía emblema: que quiere ser, no parecer, valiente, cosechando en su espíritu hondo surco de donde brotan nobles decisiones. Te aconsejo que envíes esforzados y sabios adversarios contra este: temible es siempre aquel que honra a los dioses.

ETEOCLES. Augurio infausto es siempre, para el hombre, asociar al justo con impíos. Que no hay nada peor, en toda empresa, que mala compañía: no da fruto [el campo de Ate recolecta muerte]. Así, un hombre piadoso que se embarca con marineros que arden por el crimen parece al mismo tiempo que esta casta que los dioses escupen. Cuando un justo se asocia a ciudadanos que al extraño no respetan y olvidan a los dioses, cae en la misma red, muy justamente, y herido por la fusta inexorable de un dios, sucumbe al fin. De igual manera, este adivino —el vástago de Ecleo quiero decir— prudente, justo, bueno, piadoso y gran profeta, sin quererlo asociado a unos hombres jactanciosos, e impíos, que se lanzan a un camino de dilatado fin, si Zeus lo quiere, será junto con ellos arrastrado. Y ni siquiera atacará la puerta, yo creo, y no por falta de hidalguía ni porque tenga un corazón cobarde: sabe que ha de caer en el combate, si el augurio de Loxias fructifica. Contra él apostaremos, sin embargo, la potencia de Lástenes, portero que no gusta de extraños: si es de viejo su talante, tiene el cuerpo de un joven, rápido el ojo, y no es remisa nunca su mano en atrapar con una pica el flanco despojado del escudo. Pero es el don de un dios el triunfo humano.

CORO.

ANTÍSTROFA 3.^a *¡Oh dioses, escuchad nuestras plegarias tan justas, concediendo que la ciudad se salve! Dirigid contra quienes nos invaden esos bélicos males. ¡Y que Zeus, blandiendo el rayo, fuera de las torres acabe con su vida!*

MENSAJERO. Paso al séptimo ahora, al que en la séptima puerta se aposta ya, tu propio hermano. ¡Qué maldiciones, qué destino impreca contra nuestra ciudad! Escalado el muro y proclamado ya rey de esta tierra, tras entonar el grito de victoria, enfrentarse contigo, darte muerte y morir a tu lado. Y si permite la vida conservar a quien privole de sus derechos, con igual castigo, con un exilio que le lleve lejos, jura vengarse. Así son sus bravatas; y a los dioses nativos de la tierra patria implora que vuelvan su mirada a sus preces y les den cumplimiento, el fuerte Polinices. Un redondo, recién forjado escudo porta, y doble emblema en él grabado: puede verse a un hombre armado, cincelado en oro, al que, serena, una mujer conduce. Que es Justicia pretende, como indica la divisa: «Reintegraré este hombre a su ciudad, para que recupere su patria, y a su hogar volver consiga».

(Pausa).

Tales son sus ardidés (tú decide a quién vas a enviar). Contra este hombre no podrás dirigir nunca reproches por sus mensajes. Y, ahora, tú decide cómo hay que pilotar a nuestra patria.

ETEOCLES. ¡Raza de Edipo mía, lamentable, enfurecida por los dioses, y odio eterno de los dioses! Hoy se cumple la maldición paterna. Pero ¡fuera lamentos y gemidos! que podrían engendrar llantos aún más lamentables. Pero pronto sabremos de qué forma va a cumplirse el emblema de un guerrero con un nombre tan justo, si esas letras, de oro y cinceladas, que en su escudo, entre espasmos de loco, borbotean, van a traerlo a casa. Si Justicia, hija de Zeus, acompañara siempre sus actos y su espíritu, es posible. Pero jamás, ni cuando dejó el seno materno, ni en la infancia, ni de joven, ni al crecerle ya el bozo en la mejilla a hablar con él dignose la Justicia. Tampoco ahora, creo, en el momento en que devasta el suelo patrio, que ella quiera estar a su lado —o llevaría en verdad un falso nombre la Justicia si se uniera con quien tiene un talante que se ha atrevido a todo. Y confiado en cuanto he dicho voy a hacerle frente yo mismo. ¿Puede haber alguien, acaso, con más razón que yo? Rey contra rey, hermano contra hermano, y enemigo contra enemigo yo voy a enfrentarme.

(A su ESCUDERO).

Rápido, pues, entrégame las grebas, protección contra picas y pedruscos.

CORIFEO. Hijo de Edipo, más que nadie amado, no sea tu furor cual el de quien se expresa con tanta saña, no. Basta que los cadmeos con los argivos lleguen a las manos. Que esta sangre puede purificarse. Mas la muerte de hermanos, bajo sus mutuos golpes abatidos... No, no existe vejez para esta mancha.

ETEOCLES. Sí, soportar desdichas sin deshonra, que es la sola ganancia entre los muertos. Para infortunio deshonroso, nunca existirá en el mundo buena fama.

CORO.

ESTROFA 1.^a *¿Qué te propones, hijo? ¡Que ese loco delirio que tu alma llena, sediento de batalla, no te arrastre! ¡Arranca esa raíz de tu locura!*

ETEOCLES. Puesto que un dios las cosas precipita, ¡que marche, viento en popa, hacia las ondas del Cocito, esa estirpe que odia Febo, toda la raza que de Layo viene!

CORO.

ANTÍSTROFA 1.^a *Esta ansia sanguinaria en demasía te empuja a celebrar el sacrificio de una sangre interdicha. Y es amargo su fruto.*

ETEOCLES. Sí, que la odiosa, negra, de mi padre, maldición, sin llorar, los ojos secos, me aconseja: «Morir antes que tarde».

CORO.

ESTROFA 2.^a *No dejes que te empujen. Tú, un cobarde nunca serás llamado, si*

eliges bien tu vida. ¿Es que la Erinia, con su negra égida, no saldrá de esta casa si los dioses aceptan de tus manos una ofrenda?

ETEOCLES. Rara los dioses ya no soy problema. Solo el favor esperan de mi muerte. ¿A qué halagar, pues, un mortal destino?

CORO.

ANTÍSTROFA 2.^a *¡Ahora, al menos, cuando te está cerca! Que el demon, con el tiempo, al mudar de designio, puede cambiar y sobre ti acercarse con hálito más débil. Ahora hierve.*

ETEOCLES. Lo ha hecho la maldición paterna. ¡Qué ciertas las visiones de mis sueños que los bienes paternos repartían!

CORIFEO. Haz caso a una mujer, mal que te pese.

ETEOCLES. Pues dame un buen consejo. Y no muy largo.

CORIFEO. No te dirijas a la puerta siete.

ETEOCLES. Estoy bien afilado. Tus palabras no van a conseguir achaflanarme.

CORIFEO. Dios honra incluso una victoria oscura.

ETEOCLES. Un soldado no aprecia esta consigna.

CORIFEO. ¿Quieres verter la sangre de tu hermano?

ETEOCLES. No evitarás un mal, si un dios lo envía.

(Se va ETEOCLES con su guardia).

CORO.

ESTROFA 1.^a *Yo temo con espanto que la diosa que arruina las familias, —tan poco semejante a las deidades— la veraz profetisa de desgracias, la Erinia invocada por un padre, pueda hacer que se cumpla la maldición airada que, en su ciego arrebató, lanzara un día Edipo. La azuza esta discordia tan funesta a sus hijos.*

ANTÍSTROFA 1.^a *Un extranjero les reparte el lote, Cálipo, un emigrado de la Escitia, amargo tasador de las herencias, el acero y su entraña desalmada, al decidir, por medio de unas suertes, que ocupen un pedazo de tierra que puedan conservar después de muertos, sin tener parte en los inmensos llanos.*

ESTROFA 2.^a *Cuando hayan muerto, destrozados ambos por mutua mano, y haya el polvo de la tierra bebido ya la negra, cuajada sangre de esos homicidios, ¿quién podría traernos lustraciones? ¿Quién podría lavarlos? ¡Oh nuevos infortunios de esta casa, mezclados con los males del pasado!*

ANTÍSTROFA 2.^a *Me refiero a la antigua transgresión, muy pronto castigada, pero que en la tercera generación aguarda todavía, cuando desoyó Layo al propio Apolo que le había augurado por tres veces, en el délfico oráculo ombligo de la tierra, que, muriendo sin hijos, salvaría a su patria.*

ESTROFA 3.^a *Mas él, cediendo a dulces extravíos, la vida dio al parricida Edipo,*

que fue su propia muerte, el que al sembrar el sacro terruño de su madre, que le había nutrido, hizo brotar una raíz de sangre: ¡delirio fue lo que, en su furia insana, juntó a los dos esposos!

ANTÍSTROFA 3.^a Y ahora, cual piélagos de males, las olas van empujando: cuando una cae, otra se levanta, de triple garra, y hierve ante la proa de esta nuestra ciudad. Y en medio, a corto trecho, nuestra sola defensa, ¡el espesor de un muro! Temo que con mis reyes nuestra ciudad sucumba.

ESTROFA 4.^a Se cumple ya de antiguas maldiciones del todo, el desenlace. Pasa el desastre ante los infelices. A echar la mercancía por la borda obliga la ventura en exceso engordada del hombre diligente.

ANTÍSTROFA 4.^a Pues, ¿a qué mortal tanto ensalzaron los dioses de esta tierra y la copiosa población de Tebas, como honraron a Edipo al extirpar del pueblo la fiera que sus hombres le robaba?

ESTROFA 5.^a Pero cuando ya el mísero se hizo consciente de su infausta boda, por la pena azuzado, y con el corazón enloquecido, dio cumplimiento a dos gemelos males: con aquella su mano parricida los ojos se arrancó más caros que sus hijos;

ANTÍSTROFA 5.^a luego contra sus hijos, por su escaso sustento enfurecido, ¡ay, ay!, lanzó una maldición de lengua amarga: que con su mano, armada con el hierro, la herencia partirían. Y ahora estoy temblando que le dé cumplimiento la Erinia de pies raudos.

MENSAJERO. ¡Valor, mujeres, hijas de sus madres! La ciudad ha escapado al yugo esclavo y ha caído el orgullo de esos fatuos. La ciudad está en calma; en el embate nutrido de las olas no hizo agua. La protegen sus torres, y aceramos sus puertas con la firme garantía de unos caudillos. Todo marcha bien en seis puertas; mas la que hace siete el santo dios Apolo, que ama el siete, para sí reservola, así cumpliendo, en la raza de Edipo, las antiguas imprudencias que Layo cometiera.

CORIFEO. ¿Qué nuevo evento en la ciudad sucede?

MENSAJERO. La ciudad, salva; los príncipes hermanos...

CORIFEO. ¿Quiénes? ¿Qué dices? Tiemblo ante tus nuevas.

MENSAJERO. Calma y escucha: el vastago de Edipo...

CORIFEO. ¡Pobre de mí! Augur soy de mis males.

MENSAJERO. ... sin que quepa dudarlo, ya en el polvo...

CORIFEO. ¿Yacen allí? Es muy triste, pero ¡cuenta!

MENSAJERO. ... con sus manos hermanas se han matado.

CORIFEO. Un destino común tuvieron ambos, y él ha arruinado este linaje infausto.

MENSAJERO. Tales son nuestros goces y miserias: la ciudad, vencedora, y nuestros príncipes, los dos caudillos, con el hierro escita forjado a martillazos, se han partido todo su patrimonio. Y no más tierra tendrán que la que ocupen en la tumba,

anegados, en tétrico destino, según las maldiciones de su padre.

(Sale el MENSAJERO).

CORO. ¡Oh gran Zeus, y vosotras, deidades protectoras de mi patria, que estas torres de Cadmo os dignasteis salvar! ¿He de alegrarme y saludar a gritos al salvador indemne de esta tierra? ¿O lloraré a los tristes, míseros capitanes, sin hijos, que, en su locura impía, y haciendo honor al nombre, murieron tras causar «muchas querellas».

ESTROFA 1.^a *¡Cumplida ya la negra de Edipo maldición, y de su raza! Un frío infausto me atraviesa el pecho. Para su tumba una canción compuse cuando supe que han muerto, malhadados, esos cuerpos que borbotean sangre. Es un siniestro augurio este duelo de picas.*

ANTÍSTROFA 1.^a *Al final se ha cumplido, no desistió la maldición paterna. ¡Y qué alcance ha tenido la refractaria decisión de Layo! ahora, ¡ansia en la villa! No admiten menoscabo los oráculos, ¡Io!, lamentables príncipes, una acción realizasteis increíble. Desgracias lamentables sucedieron, y no precisamente de palabra.*

(Entra una comitiva con los cadáveres de los dos hermanos).

Esto sí que habla solo: tengo ante mí el relato del heraldo. He aquí cumplidos los tristes homicidios suicidas, doble destino de mis capitanes, mis duplicadas ansias. ¿qué decir? ¿Qué otra cosa sino que en el hogar de este palacio hay pena sobre pena? ahora, amigas mías, dirigid a la testa azotes con las manos, en cadencia de remo, que siempre hacen cruzar el Aqueronte, a la nave que no tiene aparejos, de velas negras, con sus peregrinos, hasta alcanzar la tierra sin sol, no hollada por Apolo, invisible, que acoge a todo el mundo. Pero aquí están Antígona e Ismene para cumplir tareas bien amargas, el treno dirigido a los hermanos. De su profundo y amoroso pecho van a brotar, espero, justos ayes de duelo. Y es razón que nosotras, antes que ellas, cantemos himno infausto de la Erinia, y que entonemos, luego, el odioso canto de la muerte.

¡Io! ¡Oh hermanas infelices entre cuantas en torno de su ropa atan un cinto! Yo lloro y gimo, y no es engaño que del alma un justo llanto brote.

ANTÍGONA.

ESTROFA 1.^a *¡Io, io!, ¡ay, insensatos, hombres sin fe en quien os quiere, y jamás desgastados por los males! De vuestra casa posesión tomasteis empleando la fuerza, ¡malhadados!*

CORO. Sí, malhadados, que la muerte hallaron destruyendo su casa.

ISMENE.

ANTÍSTROFA 1.^a *¡Io, io! De vuestro hogar los muros derrocasteis y una amarga*

realeza conocisteis. ¡Ahora, con el hierro habéis hecho las paces!

CORO. *La augusta Erinia de su padre Edipo ¡cuán veramente se ha manifestado!*

ANTÍGONA.

ESTROFA 2.^a *Heridos en el siniestro costado, heridos, sí, nacido de una entraña común... ¡ay infelices! ¡Ay maldiciones de una mutua muerte!*

CORO. *SUS cuerpos y su hogar ha atravesado el golpe del que dices que heridos fueron por ira indestructible, y el hado de discordia lanzado por su padre.*

ISMENE.

ANTÍSTROFA 2.^a *Llanto recorre la ciudad, y gimen las torres, sí, y el suelo tan querido; la herencia aguarda ahora a sus epígonos, herencia por la que a los infelices surgiera una querrela y, como fin, la muerte.*

CORO. *¡Con su impávido espíritu la herencia se partieron, en partes bien iguales! Y el juez no ha carecido no, de reproche; que Ares no es suave.*

ANTÍGONA.

ESTROFA 3.^a *Heridos por el hierro, así se encuentran; y heridos por el hierro los esperan —y, ¿quiénes son?, acaso me dirías— ...los lotes que les tocan de la paterna tumba.*

CORO. *De su casa, entre gritos, los escolta el llanto lacerante que por sí gime y llora, desolado, del gozo un enemigo, y virtiendo unas lágrimas sinceras de un corazón que gime y se consume por esos dos monarcas.*

ESMENE.

ANTÍSTROFA 3.^a *De estos dos infelices bien puede pregonarse que mucho hicieron por los ciudadanos y por los batallones extranjeros diezmados en la lucha.*

CORO. *¡Malhadada la que los puso al mundo entre todas las hembras que de unos hijos se han llamado madres! De un hijo que tomara por esposo parioles, y ahora, ellos por mutua mano han muerto de una mano nacida de una misma semilla.*

ANTÍGONA.

ESTROFA 4.^a *De una misma semilla, sí, en verdad, y del todo abatidos bajo golpes no amigos, en su loca porfía, al final de la lucha.*

CORO. *Cesó el odio, y ahora, sus vidas han unido sobre una misma tierra ensangrentada. ¡Ahora sí que, en verdad, son consanguíneos! Amargo, el juez de su disputa, el extranjero que en el Ponto vive el afilado acero surgido de la llama; y amargo el mal repartidor de bienes, Ares, que hizo verdad la maldición paterna.*

ESMENE.

ANTÍSTROFA 4.^a *Tienen su parte ya los infelices en los males que Zeus les concediera. Tendrán, bajo su cuerpo, ¡una insondable cantidad de tierra!*

CORO. *¡Ay, ay! ¡Qué ramo de desdichas hicisteis florecer para los vuestros! Al fin, las maldiciones su alarido final han pregonado, eliminando sin remedio alguno vuestro linaje ya. Ahora se yergue de Ate el trofeo frente a aquellas puertas en donde*

se han herido, y, vencedor ya de los dos el demon, punto final ha puesto a sus ataques.

ANTÍGONA. Herido, heriste.

ISMENE. Moriste tras dar muerte.

ANTÍGONA. Con la pica mataste.

ISMENE. Con la pica moriste.

ANTÍGONA. Dolor causaste.

ISMENE. Dolor sufriste.

ANTÍGONA. Salid, lágrimas, salid.

ISMENE. Salid, lamentos.

ANTÍGONA. Ante mí yaces.

ISMENE. Tras haber matado.

ESTROFA 1.^a

ANTÍGONA. ¡É, é!

ISMENE. ¡É, é!

ANTÍGONA. ¡Oh!, mi alma ha enloquecido de gemidos.

ISMENE. Gime mi corazón dentro del pecho.

ANTÍGONA. ¡IO!, ¡digno de compasión!

ISMENE. ¡TÚ, de toda miseria!

ANTÍGONA. ¡A manos de un amigo sucumbiste!

ISMENE. ¡Y a un amigo, a tu vez, diste la muerte!

ANTÍGONA. ¡Doblemente doloroso de decir!

ISMENE. ¡Doblemente penoso de contar!

ANTÍGONA.

ISMENE.

CORO. ¡Ay, Moira que repartes tristes hados! ¡Ay, ay, sombra de Edipo soberana! Ay negra Erinia, ¡qué poder el tuyo!

ANTÍSTROFA 1.^a

ANTÍGONA. ¡É, é!

ISMENE. ¡É, é!

ANTÍGONA. ¡Ay, qué triste espectáculo de penas...

ISMENE. ... desde el exilio para mí trajiste!

ANTÍGONA. Salvado apenas ya, perdió la vida.

ISMENE. La perdió, ciertamente.

ANTÍGONA. ¡Y se nos llevó a este!

ISMENE. ¡Horrible de contar!

ANTÍGONA. ¡De contemplar horrible!

ISMENE.

ANTÍGONA.

CORO. ¡Ay, Moira que repartes tristes hados! ¡Ay, ay, sombra de Edipo soberana! Ay, negra Erinia: ¡Qué poder el tuyo!

ANTÍGONA. TÚ la conoces, pues que la probaste...

ISMENE. Y tú la conociste no más tarde...

ANTÍGONA. ... a tu regreso a Tebas.

ISMENE. ... remando con tu lanza frente al otro.

ANTÍGONA. ¡Ay, infeliz linaje...

ISMENE. ... de penas afligido!

ANTÍGONA. ¡Ay dolor!

ISMENE. ¡Ay infortunio!

ANTÍGONA. Para tu hogar, tu tierra...

ISMENE. ... y para mí!

ANTÍGONA. ¡Ay, ay, monarca de desgracia infausta!

ISMENE. ¡Ay, entre los demás desdichados!

ANTÍGONA. ¡lo, posesos de Ate!

ISMENE. ¡Ay, ay! ¿Dónde enterrarlos?

(Todo el cortejo abandona la orquéstra).

HERALDO. Debo anunciar los acuerdos que, de esta ciudad de Tebas los comisarios del pueblo han aprobado: a Eteocles, por su amor hacia la patria decidieron sepultarlo, con afecto, en esta tierra. Pues por odio al enemigo, eligió morir en ella, y, puro y sin mancha alguna, con los ritos de los padres murió donde es tan hermoso que muera un joven. Así se me encargó que informara sobre él; de su hermano, en cambio, Polinices, se aprobó arrojar fuera el cadáver y, sin darle sepultura, que fuera pasto de perros porque habría devastado el país de los cadmeos si un dios no se hubiera opuesto a su lanza. Incluso muerto, conservará, pues, la mancha del crimen que cometiera contra los dioses paternos, al enviar contra Tebas una hueste mercenaria para conquistarla. Así se acordó, que, sepultado por las alígeras aves ignominiosamente, de forma tan denigrante, pague la pena condigna; que tampoco lo acompañen manos que apilen su tumba, ni que lamentos agudos le den sus postumas honras. Al contrario, que carezca del honor de unas exequias ofrecidas por amigos. Eso es lo que han decidido los magistrados de Tebas.

ANTÍGONA. Pues yo, a los gobernantes de esta tierra, les digo que si nadie va a ayudarme a enterrar a mi hermano, yo en persona pienso enterrarlo y me hago responsable por el entierro de un hermano, sin rubor alguno por no someterme a lo que ordena la ciudad. Terrible es la entraña común de que nacimos —la de mi pobre madre— y la del padre. De todo corazón, pues, alma mía, participa en el mal de quien no tiene ya voluntad, viviendo para un muerto. Ni tampoco los lobos, con su vientre

fláccido probarán sus carnes. Nadie vaya a creerlo. Exequias y una fosa yo, aunque sea mujer, pienso ofrecerle, mal sea entre los pliegues de mis ropas, y yo en persona tenga que enterrarlo. Y que nadie imagine lo contrario, que mi audacia hallará un medio efectivo.

HERALDO. No violentes a Tebas, te lo advierto.

ANTÍGONA. No hagas proclamas vanas, te lo advierto.

HERALDO. Duro es un pueblo que evitó el desastre.

ANTÍGONA. Duro puedes mostrarte: tendrá entierro.

HERALDO. ¿Honrarás con la tumba al que odia al pueblo?

ANTÍGONA. Los dioses su sentencia aún no han dictado.

HERALDO. No, al menos hasta el día en que a esta tierra, puso en peligro.

ANTÍGONA. Males ha sufrido y contestó con males.

HERALDO. Contra todos su empeño dirigió, y no a uno solo.

ANTÍGONA. Discordia es la deidad que habla la última. ¡Y yo lo enterraré! No más palabras.

HERALDO. Haz como quieras. Yo te lo prohibo.

CORO. ¡Ay, ay! ¡Altivas destructoras de linajes, Keres Erinias, que de Edipo, así, de raíz el linaje aniquilasteis! ¿Qué va a ocurrir? ¿Qué hacer? ¿Qué es lo que intento? ¿Cómo tendré el valor de no llorarte ni de darte cortejo hasta la tumba? Pero siento pavor y alejar quiero el miedo que me inspiran los tebanos.

(Dirigiéndose al cadáver de ETEOCLES).

Tú, al menos, tendrás muchos que te lloren, y aquel en cambio, sin lamentos

(Dirigiéndose a POLINICES).

pobre infeliz, con solo el fúnebre lamento de una hermana de aquí se irá. ¿Quién puede escuchar esto?

SEMICORO I. Castigue o no castigue, como quiera la ciudad, al que llora a Polinices nosotras nos iremos a enterrarlo, y seremos su fúnebre cortejo. A la familia entera afecta esta desgracia, y en la ciudad lo justo es unas veces así, y de otras maneras en otras ocasiones.

SEMICORO II. Pues nosotras con este nos iremos

(Señalando a ETEOCLES)

como el derecho y la ciudad ordenan. Que, después de los dioses y del poder de Zeus, él es quien ha salvado a la ciudad de Cadmo, él más que nadie, de volcarse y de

verse sumergida, bajo el embate de olas de guerreros.

(Los dos cortejos abandonan paulatinamente la orquéstra).